

Los imaginarios en la alimentación humana

Jiapsy Arias González*

La alimentación constituye siempre un fenómeno sumamente complejo, no depende exclusivamente de los recursos naturales, de los procesos fisiológicos, de las estructuras productivas, o de los circuitos de distribución, abastecimiento, procesamiento y consumo. Como bien mencionó Mary Douglas, “la elección de alimentos es sin duda, de todas las actividades humanas, la que cabalga de manera más desconcertante entre la naturaleza y la cultura. La elección del alimento está ligada a la satisfacción de necesidades del cuerpo pero también, por ser humana, es expresión indiscutible del orden cultural y social” (Douglas, 1973: 145).

Para tener un mejor análisis de los alimentos es necesario estudiarlos a través de sus representaciones culturales, aquellas en las cuales se mueven y se desenvuelven los sujetos, en tanto configuraciones subjetivas con las que se identifica el ser humano, dándole significado al construir su realidad y efectuar una selección de normas culturales con las que se relacionarán en una sociedad determinada.

De la misma manera es un medio de comunicación social, un lenguaje sujeto a los códigos establecidos por cada civilización dentro de sus respectivos marcos espaciales y temporales, en los que cada uno de ellos atiende a su propia dinámica interna y variables estructurales que los distinguen, y construyen así una serie de valores “universales” que la identificarán globalmente frente a otras culturas coetáneas.

Como bien enuncia Cornelius Castoriadis, el *imaginarius*, entendido como una imagen, una apariencia, una idea, se encuentra tanto en el lenguaje como en las instituciones, en los sistemas simbólicos: “[...] consisten en atribuir a determinados símbolos unos significados [...] y en hacerlos valer como tales, es decir, hacer de este vínculo algo más o menos forzado para relacionarse con la sociedad en la que conviven [...]” (Castoriadis, 1989: 38,39-55).

Este autor otorga al concepto de imaginario una condición de especularidad, de evocación o reproducción de lo real como algo dado de antemano. Las significaciones imaginarias sociales son las apropiaciones de los individuos para darle sentido al mundo en que habitan, para crearse determinadas realidades, representaciones, figuras o formas que son inherentes a la sociedad.

Castoriadis (*ibidem*: 57) menciona que lo imaginario no se da a a partir de la imagen en el espejo o en la mirada del *otro*. No es una imagen *de*. Es una creación incesante y esencialmente indeterminada (social, cultural o histórica) de figuras, formas, imágenes, a lo que se le llama “realidad y racionalidad”. Y esto constituye formas de significar diferentes procesos históricos, sociales y culturales, y que deben ser asumidas como incesantes creaciones del ser humano.

* Universidad Autónoma de la Ciudad de México. totonqui@gmail.com

Las significaciones imaginarias adquieren componentes simbólicos, y el mismo autor enuncia que lo simbólico es necesario no sólo para que lo imaginario pueda expresarse sino para que éste exista, y su importancia radica en el carácter sintético de la subjetividad, en tanto producto de la incorporación de significaciones imaginarias de la sociedad a la que pertenece. Es decir, se requieren reproducciones simbólicas como amalgamas de significación, mediante las cuales uno intenta representar al otro.

Así, el alimento —y por ende el acto alimentario— como expresión de lo social, como significación imaginaria, se articula y significa formas diversas, haciéndolas funcionales en relación con el “imaginario social”, que insta un grupo de personas determinadas.

Esto se puede resumir en el hecho de que una sociedad es una manera de vivir el mundo y de crear su propio tiempo, pero también es una manera de destruir su mundo. Todo lo imaginario de una sociedad está relacionado con su componente simbólico, y Castoriadis (2001) explica que todo lo que se presenta a nosotros en el mundo social histórico está indisolublemente tejido a lo simbólico; sin embargo, se reconoce que la existencia no es posible fuera de la red simbólica de esa sociedad que la construyó

Entonces, los imaginarios hacen parte del complejo de representaciones de un sujeto, lo configuran a “imagen y semejanza de su prójimo”, o en otros casos a completa desemejanza. Así pues, el registro imaginario está sembrado en la tierra fértil de sus pasiones, de lo primario, de lo lábil, pero es allí donde se encuentra precisamente su *talón de Aquiles*. El mismo registro lo aproxima al prejuicio, a la acción desmedida, al impulso árido del “actúo luego pienso”, a la compulsión, es allí donde existe precisamente la ferocidad, la agresividad manifiesta y latente que percibimos en el conflicto. Las principales ilusiones de lo imaginario son las de totalidad, síntesis, autonomía, dualidad y, sobre todo, semejanza. De modo que lo imaginario es del orden de las apariencias superficiales que son los fenómenos observables, engañosos, y que ocultan estructuras subyacentes; por ejemplo, los sentimientos o los tabúes son fenómenos de este tipo.

Cuando la información es *imaginizada* se hace manipulable, se representa, actúa en el sujeto y en su lectura del mundo e influye en su acción. Los imaginarios hacen parte de la estructura del colectivo por la posición de la atribución simbólica que el sujeto le presta al discurso mediático y a la forma como éste reconstruye, los significados en el grupo al cual se dirige. El paso de lo imaginario a lo simbólico es



Restaurant “Casa Mejía”, localizado en la 2a de Tomatlán, ca. 1930, México, D.F. Fondo Casasola, Sinafo-PN-INAH, inv. 890.

el verdadero ejercicio de opinión, de análisis, no importa quién la haga, siempre será un ejercicio individual, objetivado en el consenso colectivo.

Lo simbólico articula nuevas posibilidades de representación y resignificación que recrean al sujeto y lo que él piensa en un proceso dinámico de atribución de significados y de significaciones compartidas, lo dota de posibilidades de existencia, de mediación, en otras palabras lo hace razonable.

Y dado que los imaginarios no son inocuos, que son inestables, manipulables y azarosos, en la acción del colectivo nuestra responsabilidad debe ser ética. Lo importante es tener siempre presente las implicaciones del comportamiento humano en colectivo y la determinación de saber cuándo retirarse. Algunas veces lo anterior siempre se olvida en la inmediatez del trabajo, y otras suele omitirse en el juego institucional de lo mediático. Ello provoca que como antropólogos de la alimentación —por cierto, los únicos que, como bien menciona el doctor Luis Alberto Vargas, nos comemos nuestra materia de estudio— en ocasiones nos deleitamos, pero también sufrimos con tal objeto, precisamente por el grado tan elevado de significados y significaciones de los alimentos y, por ende, de las representaciones que engloban su consumo.

Un ejemplo particular de los imaginarios en la alimentación es concretamente “el significado místico de los alimentos” en los conventos clarianos en México; ésta es una de las bases del imaginario alimentario representado en toda una institución religiosa desde la Edad Media hasta nuestros días, dándoles diferentes matices en lo que las monjas conciben como “alimentación mística o sublime”, y que actualmente forma parte de mi tesis doctoral.



Meseras con trajes chiapanecos en interior de restaurante, ca. 1925, México, D.F. Fondo Casasola, Sinafo-FN-INAH, inv. 192.

En este sentido, el acto de alimentarse y el alimento en sí mismo se sitúan en un nivel imaginario-ideológico que aparece superpuesto al plano real-material, ambos apoyados sobre los fundamentos teóricos que elaboraron las instituciones religiosas católicas en sus diferentes etapas históricas.

Las monjas fueron propensas a somatizar la experiencia religiosa y a utilizar su cuerpo como un instrumento místico,¹ un estado extraordinario de perfección que consistía en cierta unión inefable de sus almas con Dios, y va acompañado accidentalmente de éxtasis y revelaciones, el ascetismo femenino estaba ligado al simbolismo o significado que le daban al alimento, que en ocasiones se reflejaban con expresiones de penitencia como el ayuno o la abstinencia de ingesta. Según la definición de Leszek Kolakowski (2009: 18), la mística es una vivencia religiosa que se caracteriza por ser una experiencia interior, inmediata y trascendental, gracias a la cual el alma humana, que se considera una realidad diferente del cuerpo, se comunica y alcanza la unión con el ser supremo.

¹ El término mística o místico deriva del griego *mysteria* o *mystes*, que originalmente aludía tanto a una iniciación en misterios religiosos como a una ascética interior de cierre al mundo exterior para llegar a Dios; inicialmente se tomó prestado el término mística en el gnosticismo paleocristiano. Hoy el término se usa en la iglesia y por los estudiosos preferentemente para designar a personalidades como la de los santos carmelitas con una espiritualidad de recogimiento más que de acción, así como una cierta literatura y teología, y en general a aquellas personas de cualquier religión dadas a la vivencia espiritual interior. El hombre está situado ante lo místico desde la incertidumbre o bien desde la seguridad, pero no puede transmitir automáticamente la seguridad. A menudo no se trata de auténtica incertidumbre sino de una inseguridad al modo del agnosticismo, voluntaria, para no tener que aceptar todas las consecuencias de la acción divina, como un cambio de vida, de esquemas de pensamiento y de rutinas basadas en el interés. La mística es un área que corresponde a los contemplativos, los que basan su existencia en la contemplación de Dios, o bien en los signos exteriores de una vida contemplativa. Hay una tradición de considerar místicos por antonomasia a los místicos literatos, siendo recurrente la mención de Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

El alimento como lo interpreta Carolina Walker (1987: 85-86, 90) es un recurso controlado particularmente por las mujeres, y esto ocurre tanto en su preparación diaria o hábito de alimentación como en la lactancia. Al ser el alimento un signo del poder femenino, la mujer dará el significado al alimento por medio del hombre, que interpretará la forma de alimentarse hacia un ascetismo místico para poder estar más cerca con alguna representación divina, sea con una virgen, un santo o Jesús en sus diversas representaciones.

De la misma manera, esta representación se liga directamente con el acto de comer dentro de la Eucaristía, donde representa una antropofagia, y el imaginario se encuentra al momento de comer el cuerpo y la sangre de Cristo.

La alimentación forma parte importante de un modo de vida, desde lo material u orgánico hasta la dimensión espiritual y religiosa, comer o ayunar en función de una finalidad que pasa del sostenimiento del cuerpo a los valores más importantes: los "espirituales" para alcanzar una vida más allá de lo terrenal y mundano: "un lugar en el cielo con el Señor".

A manera de conclusión puedo señalar que el hombre va hilando respuestas en el devenir de su existencia, construye y deconstruye un imaginario en la búsqueda de un mundo ajustado a sus proyectos ideológico-culturales. Y eso se encuentra muy marcado en la forma de vivir del ser humano, y mucho más en sus formas de concebir su alimento. Los alimentos responden a una jerarquía de valores y significados ideológicos y materiales que ejemplifican la expresión de poder ostentado por una minoría de linajes familiares sobre una mayoría social. El régimen alimentario puede estudiarse como un factor que cohesiona y refuerza una identidad sociocultural.

Bibliografía

- Arias González, Jiapsy, *Los místicos sabores del convento: las monjas clarisas urbanistas y sus hábitos alimentarios en Querétaro, siglos XVII y XVIII*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, 2007.
- Castoriadis, Cornelius, *La Institución imaginaria de la Sociedad: el imaginario social y la institucionalización*, 2 vols., Barcelona, Tusquets, 1989.
- _____, *Figuras de lo pensable*, Buenos Aires, FCE, 2001.
- Douglas, Mary, *Pureza y peligro*, Madrid, Siglo XXI, 1973.
- Kolakowski, Leszek, *Si Dios no existe: sobre Dios, el diablo, el pecado y otras preocupaciones de la llamada filósofa de la religión*, Madrid, Tecnos, 2009.
- Walker Bynum, Caroline, *Holy Feast and Holy Fast: The Religious Significance of Food to Medieval Women*, Berkeley/Los Angeles, California University Press, 1987.